

Capítulo LXXIV.

Envenenamiento.

Simon de Cuenca, teniente de la Villarica, avisó á Hernan Cortés el arribo á aquella villa de los que venian á residenciarle.

El ilustre caudillo habia adoptado hacia tiempo la costumbre de establecer postas de hombres desde el punto en que fijaba su residencia á las poblaciones inmediatas, y gracias á esto, recibió el mensaje con admirable prontitud.

A la sazón se hallaba en San Francisco con pocas esperanzas de vida.

Se le habian administrado ya los Santos Sacramentos, y todo hacia temer una catástrofe.

Él, que no queria jamás que por imprevision se ma-

lograsen los sacrificios que habia arrostrado, antes de que se agravase su enfermedad habia hecho nombramiento de alcaldes y otros funcionarios; en una palabra, lo habia dispuesto todo para que, si Dios disponia de sus dias, no levantara la cabeza el fantasma de la anarquía.

Tambien habia mandado prender á Gonzalo de Ocampo y otros bandoleros y auxiliares del factor.

La enfermedad que padecia se agravaba por momentos.

No podian explicarse los que profesaban la ciencia de curar aquellos progresos tan rápidos.

Indudablemente aquella indisposicion no era natural.

Obedecia á algun agente extraño.

Es increíble el lamentable atraso en que en aquella época se hallaba el estudio de la medicina.

Hoy el cursante ménos experto hubiera visto en los sintomas que presentaba el enfermo las huellas de un reciente envenenamiento.

Así habia sido en efecto.

Guacalcinla, la desgraciada esposa de Guatimozin, el último emperador de Méjico, tan pronto como supo la triste suerte que habia sufrido su cariñoso compañero, juró vengarse.

Con la fuerza de voluntad peculiar á las de su raza, estuvo largo tiempo acechando una ocasion favorable.

No queria aventurarse sin grandes probabilidades de éxito, no por que temiese perder la vida como cas-

tigo de su crimen, sino que al perderla tenia que renunciar á su idea dominante.

La casualidad vino á favorecerla.

Ya hemos dicho que andaba errante por los bosques, sustrayéndose á las miradas de todo el mundo.

Cerca del sitio que ocupaba, habia un manantial de agua cristalina, del que solian surtirse los indios aliados de Cortés.

Aunque habian peleado en contra de Guatimozin en los últimos dias de su reinado, no se habia entibiado en ellos el cariñoso respeto que les infundia Guacalcinla.

Su vindez les inspiraba mayores simpatias, que si no las demostraban, era por el temor de caer en el desagrado de Hernan Cortés.

Izpicuri, que así se llamaba el indio que aquel dia habia ido al manantial, se hallaba ocupado en llenar su vasija cuando oyó que le llamaban.

El acento de aquella voz no le era desconocido.

Volvió la cabeza, y no conoció á Guacalcinla.

Los muchos padecimientos que habia sufrido la habian desfigurado por completo.

Se figuró que se le presentaba una aventura amorosa, y dejando la vasija, se acercó á Guacalcinla.

Con codiciosos ojos la contempló durante algun tiempo, y cediendo al impulso de desordenadas pasiones:

—¿Dónde te he visto, estrella de la mañana, que tu recuerdo no se ha separado de mí? Permitirán los dioses que acerque á mis lábios la copa del placer, as-

pirando ese aroma embriagador, dulcísimo, que exhala la mujer amada?

La indignacion que produjeron aquellas palabras en el lacerado corazon de Guacalcinla, estuvo á punto de hacerla estallar.

Pero conociendo que la pasion que habia despertado en el corazon del indio podria ser el medio de realizar su venganza:

—¿No lees en mi mirada, —le dijo,—que yo tambien participo de ese mismo sentimiento? ¿No adivinas que hace tiempo soy tu esclava? ¡Ah! Por más que la vergüenza se rebele ante la confesion que voy á hacerte, debo decirte que hace más de un año te adoro en silencio, que tu imágen querida me sigue á todas partes, que si estuviera convencida de que me correspondes, daria mi vida si me la exigieses.

Y al expresarse en estos términos, dirigia candentes miradas al indio, miradas que le llenaban de delicia.

—¿Qué prueba quieres, —exclamó con frenesí amoroso,—para convencerte de mi cariño?

—¿Para qué me lo preguntas si no has de hacerlo que yo exija de ti?

—La sangre de mis venas te daria con tal de que premiasen mi afecto.

—¿Lo juras?

—Lo juro, —repuso el indio.

Guacalcinla como al descuido, abandonó una de sus manos al indio, en la que este imprimió un ardiente ósculo.

Esto demuestra una vez más, que aun las mujeres ménos civilizadas, por intuición sin duda, se han hallado siempre, respecto á emplear los medios de fascinar á los hombres, á la altura de las cortesanas contemporáneas más sagaces.

No hay para qué decir, porque el lector lo habrá adivinado, que Guacalcinla reprendería á Izpicuri por su atrevimiento.

—Ya que he oído de tus lábios el solemne juramento de que acatarás mi voluntad, en breves palabras te contaré mi historia, para que comprendas que sólo con una condición corresponderé á tu amor.

—Cualquiera que sea, lo acepto.

—Pues bien; yo vivía en Xochmilco antes de que cayera en poder de los españoles. Mis ancianos padres perecieron á sus manos.

Yo pude librarme huyendo á refugiarme á las sierras, y desde entonces paso una vida errante, anhelando el momento de vengarme de los que me arrebataron á seres tan queridos. Yo necesito que el jefe de los extrajeros perezca.

El indio lanzó una exclamación de espanto, porque comprendía la enormidad de aquel atentado.

Al ver que nada contestaba á aquella proposición:

—Veo que vacilas, y el hombre que vacila ante el mandato de una mujer que le adora, no es digno de poseer su cariño.

¡Ah! ¡Qué misterioso agente impulsará al cora-

zon á interesarse por aquellos seres indigos de comprenderle!

Y la india prorumpió en acerbo llanto, dando al traste con los escrúpulos de Izpicuri.

—Enjuga esas lágrimas,—dijo,—y ordena lo que quieras: soy tu esclavo.

—Ya has oído lo que te he dicho: es preciso que Cortés deje de existir.

—Reflexiona que el que atente á su vida perecerá también.

—Con astucia puede hecerse, sin que jamás se descubra.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente, espérame un momento.

La india desapareció.

No tardó en presentarse, trayendo unas florecitas amarillas que exhalaban un olor acre.

—Aquí tienes lo que, sin comprometerte en lo más mínimo, puede realizar mis planes.

Procura echar una de estas flores en cualquier líquido que tome Cortés, y pronto la muerte tenderá sobre él sus negras alas.

—Fácil es en verdad ejecutar lo que dices; precisamente todas las noches, antes de acostarse, tiene costumbre de beber agua, y sin que nadie se aperciba puedo ejecutar tus deseos.

—Así lo espero.

En la fisonomía de Guacalcinla brilló un rayo de alegría.

Para más animar al ejecutor de su venganza:

—No sólo poseerás mi amor,—dijo,—sino que serás dueño de cuantiosas riquezas.

Quedaron en verse al día siguiente en el mismo sitio é Izpicuri partió.

Aquella noche puso en práctica su proyecto, y ya sabemos las consecuencias que tuvo para Cortés.

Afortunadamente, se halló en el fondo de una copa una flor de las que habian servido para envenenarle, y reconocida por un indio y declarada ponzoñosa, fué un rayo de luz para los que se interesaban en la curacion del ilustre enfermo.

Se le propinaron los remedios que aconseja la ciencia en semejantes casos, destruyendo la accion morbosa del veneno.

Al mismo tiempo que se prestaban estos auxilios al héroe de nuestra historia, se hacian averiguaciones respecto al autor de aquel atentado.

Las sospechas recayeron en el iluse Izpicuri, y aunque al principio se obstinó en negar, sometido á la prueba del tormento cantó de plano.

Fué ahorcado en la plaza pública, causando gran consternacion entre cuantos presenciaron aquel castigo.

Los lectores comprenderán que Guacalcinla abandonó el sitio en donde se ocultaba tan pronto como se separó de ella el crédulo enamorado.

Capítulo LXXV.

En el que Luis Ponce de Leon toma posesion del gobierno de Méjico.

Cuanto hemos referido en el capítulo anterior pasó en el trascurso de cuatro dias.

Corria el mes de Junio, y la víspera de San Juan, completamente restablecido Hernan Cortés, asistia á unas fiestas de toros que en su obsequio se habian dispuesto, para manifestarle la satisfaccion que todos sentian por que hubiese rocobrado la salud.

Cuando más distraido se hallaba admirando la destreza de algunos de sus capitanes en lancear á las fieras, única suerte que constituia aquella diversion, llegó un mensajero con carta del licenciado Luis Ponce, á las que acompañaba copia de los poderes que le habia dado el emperador.

Inmediatamente contestó á aquellos despachos, y

en la misiva que envió preguntaba al licenciado por qué camino pensaba dirigirse á Méjico, si por el poblado ó por el otro, que era mucho más corto.

El licenciado no replicó.

Quería reposar algunos dias.

Como era la primera vez que navegaba, estaba muy fatigado.

No permaneció, sin embargo, en la Villarica todo el tiempo que pensaba.

Le hicieron creer algunos que Hernan Cortés, resentido por la autorizacion que el licenciado habia recibido del rey, activaria la sumaria del factor Salazar, de Peralmindez y de los demás presos, y que los mandaria ahorcar.

Otros le imbuyeron la idea de que al preguntarle Cortés el camino que se proponia seguir, abrigaba la intencion de salir á su encuentro para prenderle.

Dando crédito á estos rumores, tomó la posta, acompañado de cuantos habian salido con él de España, dirigiéndose á Méjico por el camino que estaba poblado, porque preferia dar un rodeo á verse sorprendido por los partidarios entusiastas del ilustre gobernador de aquellas regiones.

A los cinco dias se hallaba en Iztaepalapa.

Habia caminado á marchas forzadas, y por lo tanto, los criados de Hernan Cortés que habian salido para prepararle un recibimiento espléndido, no pudieron lograrlo.

Los de la poblacion, sin embargo, al saber que iba revestido de poderes del monarca español, en

prueba de adhesion y respeto le ofrecieron un opíparo banquete.

A la mayor parte de los expedicionarios les produjeron un fuerte cólico las viandas que se sirvieron.

Los enemigos de Cortés, que como ya hemos dicho, explotaban los sucesos más insignificantes para desacreditarle, dieron gran importancia á lo que en realidad no tenia ninguna.

Hicieron creer al licenciado Ponce que indudablemente aquello era el resultado de una conspiracion para envenenarle; y bajo este supuesto se hicieron algunas prisiones entre los más ardientes defensores de Hernan Cortés.

Instruyóse la oportuna sumaria, y los procedimientos vinieron á justificar la ligereza con que se habia juzgado aquella calumniosa especie.

Hubo tambien la circunstancia de que algunos de los que habian asistido al banquete, y entre ellos el comendador Proaño, que iba nombrado como alguacil mayor, participó de todas las viandas que sus comensales, y no sintió la menor alteracion en su salud.

La verdad es que se excedieron dominados por la gula, y el abuso que hicieron del agua fria, unido al estado anormal en que se hallaba el estómago por efecto del cansancio del viaje, les produjo aquella indisposicion.

Dos dias despues vinieron á ofrecer al nuevo funcionario, en nombre de Cortés, un rico presente, pero

que para conservar su independencia se negó á aceptar.

Aunque aquel desaire contrarió en extremo al valeroso caudillo, dominándose con la fuerza de voluntad que hemos tenido ocasion de admirar en el relato de esta historia, se apresuró á salir á su encuentro para dispensarle un recibimiento espléndido.

Dejando en la poblacion en que á la sazón se hallaba los jefes indispensables para sostener la disciplina entre los soldados, acompañado de los restantes, y al frente de toda la caballería, aguardó su llegada.

Después de hacerle los honores correspondientes, le rogó con la mayor sumision que le presentara los despachos que le habia dado el rey al conferirle el cargo que iba á desempeñar.

—No seais tan ejecutivo, —dijo Ponce; —yo os juro bajo mi palabra de honor que los exhibiré mañana.

—Eso me basta, —contestó Cortés. —Y en prueba de que os doy entero crédito, os ruego que acepteis como hospedaje mi casa, que pongo á vuestra disposicion.

—Os doy un millon de gracias, y bien sabe Dios que si algo siento en estos momentos, es la comision que he venido á desempeñar acerca de vos.

—Tranquilizaos sobre este punto; el que en su alma no abriga el menor remordimiento, no tiene por qué temer que se le residencie.

Un momento después se despidieron afectuosamente el licenciado Luis Ponce y Hernan Cortés, re-

tirándose aquel á entregarse al sueño en las habitaciones preparadas en casa del último.

Al dia siguiente tuvo lugar en la iglesia Mayor de la ciudad la solemne ceremonia de la presentacion de los poderes conferidos al licenciado Luis Ponce por el emperador Carlos V para residenciar al ilustre Hernan Cortés.

Se convocó al cabildo y todos los vecinos de la ciudad, y cuando estuvieron reunidos, el escribano real dió lectura á aquellos despachos:

Todos escucharon con religioso silencio, sintiendo en extremo unos que Hernan Cortés, que tantos títulos tenia para ser considerado, se viese obligado á sufrir aquella humillacion, y alegrándose sus enemigos de aquella circunstancia, porque era seguro indicio de que su estrella comenzaba á eclipsarse en la corte de España.

El nuevo funcionario Luis Ponce, dirigiéndose á los alcaldes, les dijo con voz grave, sonora, majestuosa:

—Entregadme esas varas, símbolo de la autoridad que aquí ejercéis.

Fué obedecido con el mayor respeto.

Igual indicacion hizo á los alguaciles, que tambien acataron.

Gran emocion produjo este mandató en aquellos funcionarios.

Se creian relevados de sus cargos, y como la destitucion tenia lugar en público y con tanta solemnidad, se rebelaba su amor propio.

No tardaron en convencerse de lo equivocada de su creencia.

—Tomad vuestras varas,—les dijo Ponce,—que os devuelvo en virtud de las facultades que tengo.

Como se vé, aquella ceremonia no habia tenido otro objeto que el de confirmar, por decirlo así, en sus destinos á las autoridades de las Indias.

Dirigiéndose despues á Hernan Cortés, le notificó tambien la órden de entregarle la vara.

Cuando hubo verificado, dijo Luis Ponce con acento de autoridad, pero sin altanería:

—Esta del señor gobernador quiero yo para mí.

Cortés y todos los del cabildo besaron sucesivamente los reales despachos, y poniendo una mano sobre ellos y la otra sobre el corazon, juraron solemnemente que en todos tiempos cumplirian fiel y lealmente cuanta en ellos se mandaba.

Un escribano real que acompañaba á Luis Ponce sacó testimonio de aquel acto.

Antes de que se disolviera la reunion, dió el mismo funcionario lectura de auto, por medio del cual se ponía en conocimiento de todos que iba á comenzar la residencia de Hernan Cortés, y que por lo tanto podian acudir á exponer sus quejas los que por cualquier concepto se creyesen agraviados.

Este auto dió origen á animados diálogos, que reproduciremos en el siguiente capítulo.

Capítulo LXXVI.

Hambre y peste.

—Bien dice el refran,—exclamaba uno,—que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Hernan Cortés, cuya soberbia le habia llegado á hacer creer que era omnipotente, se vé reducido á tener que sufrir que se fiscalicen sus actos, y quién sabe lo que podrá sucederle.

—El que nada tiene de qué acusarse, no puede temer á todos los jueces del mundo.

—Pues lo que es yo no quisiera estar en su pellejo.

—Si los que han de juzgarle obran con arreglo á justicia, saldrá triunfante siempre.

—Pero hay que tener en cuenta que como su con-